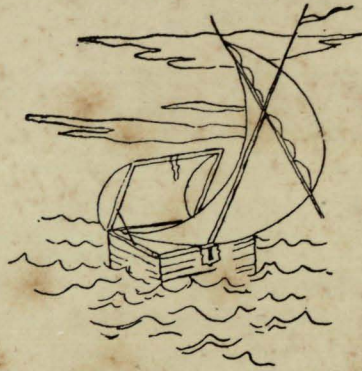


PEDRO PERDOMO ACEDO

CABALLO
DE
BRONCE



EL ARCA

1953

**SUSCRIPTORES DE HONOR DE
«EL ARCA».**

Laura Grote, Vda. de Pinto.

José Carlos Oramas.

Francisco Martín Vera.

Carlos Pinto Grote.

José Mateo Díaz.

**Volúmenes publicados:
Antología Cercada.**

Se Parece al Amor,
por *Gabriel Celaya.*

Anticipada Voz,
por *Pío Gómez Nisa.*

Romance del Tiempo,
por *Pedro Lezcano.*

Seis Décimas,
por *Ventura Doreste.*
(En edición privada).

Limbo,
por *Gerardo Diego.*

Se publicará:

Scherzos,
por *Ricardo Blasco.*

Obras de P. Perdomo Acedo:

Publicadas:

La muerte imaginada. 1943.
(Agotada)

Epitalamio sin fin. 1945.
(Agotada)

Poesía y volcado silencio.
(Agotada)

Ave breve. 1948.
(Agotada)

Caballo de bronce. 1953.

En prensa:

Centenario del Inédito.

Niño eterno.

A don Manuel Hernández Suárez,
galantrismo auténtico del libro,
Pedro Pedronis a codo

CABALLO DE BRONCE

Ediciones EL ARCA

FUNÐADORES: *VENTURA DORESTE*
PEDRO LEZCANO

Tirada de 250 ejemplares numerados

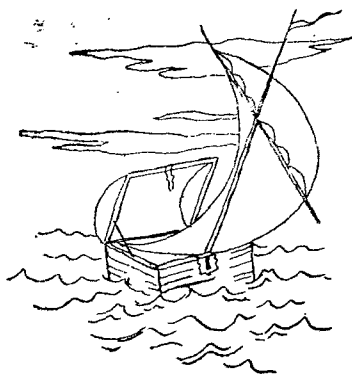
EJEMPLAR N.º **119**

(Se ha hecho el depósito que marca la ley)

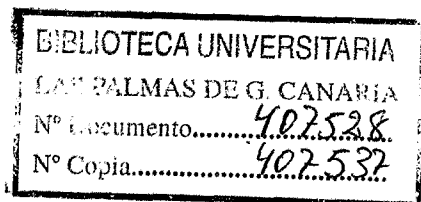
PEDRO PERDOMO ACEDO



CABALLO DE BRONCE



EL ARCA
1953



A
LAS PIADOSAS MANOS
QUE AL DESCORTEZARME
EL PAN PRIMERO DE LA VEJEZ
DESDARON
MI EXISTENCIA
HACIÉNDOLA DE NIÑO
NUEVAMENTE

*¡No me dejes más salir
a los desiertos del cuerpo!*

J. R. J.

A L B A

UNA clara luz me cerca,
una voz le corresponde:
la espátula del oído
hiñe vocales colores,
e inesperadamente
el alba del trino rompe
arboleda de mis nervios,
retamal de mis tendones.

Muy mal pudo una garganta
edificar tantos orbes
que, aunque efímeros, desprenden
los más canoros pichones,
sin que el vago humo del alma
no colaborase entonces,
no como polen y flor
sino cual polen y polen.

Devolviendo ecos prestados
o dando auténticas voces,
salir podrán de esta jaula
primorosos ruseñores,
jamás blasfemos, con nuevas
de sus lascivos albogues
a esperar siempre el mañana,
porque mañana no es hoy.

R O S A S

AUNQUE duren un suspiro
de luz ciñendo a la tierra,
con rubras y bermellones
y estables púrpuras prietas,
sus rosas Junio construye,
que, como tú, son perfectas.

Es Junio el mes de tus rosas
y aunque tal vez no lo sepas,
porque la planta del ángel
su floración no recuerda,
las rosas que destallara
son las más dulces y bellas
que hayan jamás descogido
mis trepidantes abejas.

Para exaltar tu dulzor,
para esculpir tu belleza,
dará su arroyo la miel
del capullo que no cesa
de manar dulce rocío
y eternidades de arena;
y con fragante sordina
primaverales trompetas.

ETERNIDAD

¡Si yo pudiera llenarte
de eternidad; ser eterno
oscuramente contigo,
los dos pulsando el silencio
de la existencia común;
si en el amor que te tengo
cupiesen la eternidad
intacta, sin desencuentro,
y todo, el aire templado
que te peina los cabellos,
con alacridad ordenada,
siempre errante atrevimiento,
en rodajas de limón
te iría cortando el tiempo!

JAULA

CON alma y cuerpo jaspea
la unidad de sus canciones
un vehemente flautista
cuyo manantial de azogue
va a la morada del sueño
que carece de escalones;
con muy terrales arpegios
su púrpura nueva esconde
y con recogidas alas
desnuda su postrer noche
a la fuente sin montaña
de la pureza del hombre.

AZAHAR

AZAHAR, tienen perfume
urgente, de primavera,
las convocadas blancuras
que te impelen a la urgencia.

En tanto penda el candor
lloroso de mala estrella,
el silbo de la serpiente
desoye, si es que se acerca
a desovar su veneno
en la sellada materia
de quien es dios que aire calza
y aún viste verde bayeta;

y al sentir el aire vívido
que en cálido efluvio llega
como un embrión tormentoso
mas sin cuerpo de tormenta,
con escosa timidez
te mostrarás lisonjera
para decirle el adiós
a la vehemente inocencia
que en el contestado sueño
a tu alma tiene despierta.

NOCTURNO INVERNAL CON LUNA

QUÉ tarde te descubrí,
colina toda de brumas,
cerrada la noche, cuando
videntes cuestas auscultan
sus cremalleras de luz
y en un rajón de penumbra
cañamones de sonido
va resembrando la lluvia,
mate mortero de mármol
sumergido en agua turbia,
que al recuerdo y la olvidanza
trabaste en presente lucha;

en otra noche más mía
—porque era toda pregunta
de claridad no gastada—
vi tu naranja madura
contra el espejo, en la alcoba,
como un insomnio que fuma,
sin que lo mueva al amor
nada que acabe en la tumba.

ELEGÍA DE LA MADRE AJENA

ERES la novia del alma,
el cuerpo tuvo la suya;
a las once de la noche
sufro la doble coyunda.

A las once de la noche,
haya luna o no haya luna,
desborono a las tinieblas
los agüeros de la angustia.

Los *chirrirris* de mi ángel
en bueno el mal tiempo mudan
y silencios educados
toscas nostalgias traslúcidas,
que en el fondo del oído
mudo caracol pronuncia:
Duérmete, mi niño chico;
no podré olvidarte nunca.

Ha abierto toda su grama
la común madre diuturna;
con impulsos desiguales,
el fraude de la fortuna.

Llega un sueño jeroglífico
—me nació en agua profunda—,
dibujando sus contornos
las romboidales espumas.

Las vacas pacen el cielo,
el aire la gran llanura,

por los ojos de las rocas
las espigas de la lluvia;

sueño con cuatro blandones
cuyo fuego no se inmuta,
cuatro abejas imantadas
redivivientes y en fuga;

y unos ojos metalados
el interno cruce anuncian
de las aguas redimidas
al lago preso en la altura.

Desbanzada la congoja,
mis alas talaes cruzan
más veloces que el sonido
las graves sombras nocturnas;

la casapuerta cerrada,
dos hojas que giran juntas,
sobre tu pecho la mies
—qué mies perfecta y madura—
del mármol sin azafrán
y sin verdasca aceituna.

Reposante está en tus brazos
quien por ser la madre tuya
pudo también serlo mía;
ya no seré su hijo nunca.

N I D O

VA el agua de tronco en tronco
con sus cristales, más tenues
que el céfiro sumergido
en las hojosas paredes,
cuyas sucesivas sombras
despintan el tono agreste
al extrínseco verdor
que sus ramillos trascienden
*cada vez que el aire mudas,
en cada ocasión que vuelves.*

Mi deliciosa puericia
isla del aire halló breve,
de inmóvil calor plumada,
donde el sol vive en simientes
huídas de las montañas
y sus halagos más verdes
*cada vez que el aire mudas,
en cada ocasión que vuelves.*

Toda la luz de mi vida
en el abismo se pierde
de tanta gala estival
que a tantos troncos guarnece,
y salta de rama en rama
con frenesíes evidentes:
en una imprime su huída,
en otra desaparece
*cada vez que el aire mudas,
en cada ocasión que vuelves.*

Cayó del cielo a la tierra
tronchado sol, al que vence
la que en los cabos del mundo
cuajó su sombra y descende,
quien mutila mis luceros
y, sacrílega, se duerme
en el ocaso otoñal
que al nido clavó los dientes
*cada vez que el aire muda,
en cada ocasión que vuelve;*

y sutil escalofrío,
de improviso me convierte
las mariposas de oro
en murciélagos de nieve.

FIEBRE

SORPRENDIDO entre los ramos
donde las almas esconden
junto a la fuente de angustia
el misterio de su noche,

un angélico instrumento
en el azar del desorden
le afina su transparencia
a los ébanos insomnes.

Divinos halla frenados
los ardorosos redobles
que a flautas enamoradas
tañen lejanos tambores,

y en la brújula del sueño,
sembrada de vivos soles,
pisa febriscientes tramos
de invisibles interiores,

cuya ascensión determina
el tuétano del azogue
en canalillo de plata
y arrayanes a los bordes.

EXTROSPECCIÓN

SALIÉNDOME estoy de mí
con agua de arroyo nuevo,
para conocer quién soy,
para saber si te tengo.

Con el temor de los niños
cuando se incendian de miedo,
soñé anoche que volvías
en otro octubre de hielo,
pero al despertar no estabas
al pie de tu limonero,
pues jamás nube de antaño
viera hombre alguno lloviendo,
ni devolver la hermosura
que se marchara al destierro
tras una escondida guerra
de luna y de sol; el tiempo
no tuerce atrás su cabeza
llena de nombres y pueblos.

La vida que ambos vertimos
está en su acequia de nuevo;
ya somos los tres extraños:
la tierra, el agua y el cielo,
y aunque el pasado volviese,
he sido yo quien se ha muerto.

ANGUSTIA

LA música está en el aire,
el silencio me reclama:
no puedo escuchar a nadie,
no puedo decirte nada...

Soy el sueño de una nube
en la piedra solitaria.

BALADA DE LA NIÑEZ SIN RÍO

JUNTO al sueño de una nube
en la piedra solitaria
está naciéndome el río
que nunca tuvo mi infancia.

Con la música en el aire,
con las notas en el alma,
con la fuerza permanente
que aun a los montes desgrana,
y los chopos, ondulados
por la timidez del agua,
a ninguna parte llevan
mis pretéritos de escarcha,
sino que llevan mis duelos
al mismo pie de muralla
donde empezaron sus vidas
los que en el agua se embarcan.

Y ante la oscura belleza,
diáfananamente fizada,
veré su rostro de sombra,
seguro islote del alba;
con todo el mar a mis pies
y el cielo sobre las aguas.
Sólo he de decir, al verla,
si algo he de decir: *Estaba
quien llora cuando no llego,
quien llorará cuando salga,
y bogue en la estrella mía
el remo que le faltaba.*

AZUCENA

... Y PUES al alba sonora
nunca podré reunirme
con quien de continuo enfrenta
otro amor que en ella vive,
se desellará mi sueño
porque de nada me sirven
las afectuosas simientes
en sus terrenos estiles:
con el perfume de su alma,
aun sin aurora, se inscribe
en los círculos solares
que inútilmente me pide.

Sólo al despuntar el día
vuelven a la superficie
inesperados albores
que pisan terreno firme,
y llegarán a ennoviarse,
si es otro amor el que existe,
en la unidad postrimera
donde nada se repite.

INHIBICIÓN

CUERDAMENTE ha obrado amor
inhibiendo su estandarte.
¡Ahora!, le ha ordenado el tiempo;
¡aquí!, le grita el paisaje,
a quien, cual agua de un río
o el crepúsculo en la tarde,
tiene tan ancha presencia
que en lo visible no cabe;
ni en el día repentino
que ven rumiar los volcanes.

CABALLO DE BRONCE

TAMBIÉN rumiantes los ojos
del verde fruto del fuego,
cuando todos mis reposos
siguen sin cesar moviendo
la interna constelación
que restituye a lo auténtico,
sobre un caballo de bronce
volví a hallar al niño eterno
en un belén muy remoto
excarcelado al recuerdo.

HITA su plasticidad,
ancha la cruz, noble el pecho,
dos cascos firmes en tierra
y el otro par en su sueño,
sobre una plaza de ruido
tornóse hinnible el silencio,
que, eternamente espumado
con el latitante freno,
va a vencer basa monstruosa,
y, tras consagrarse al céfiro,
salir escalando el orbe
sin dar forma a su descenso;
y al piafar brotan sus crines
cual torbellinos de fuego
para cazar a la andada
por las tierras del remedio.

CON la aljaba sobre el hombro
llena de herbolados hierros,

se halló el monarca absoluto
conmigo, que quiero serlo.
Como a mano rodeada
estrenas distribuyendo,
me dió lo que a nadie ha dado,
nueva luz con su sol nuevo
y la natátil dulzura
de los panales maestros:
dióme la voz derribada
cuyo compacto silencio
penetra en el corazón
sin responder al recuerdo.

NOMBRÓME su sucesor
con gran parte de su imperio,
y para elevar el alma
con la elevación del cuerpo
en las ancas más seguras
mi asombro encontró su asiento.

PORQUE se hallaba vendado
para no padecer cercos,
que son trastornos del alma,
mudas hogueras del sexo,
acicate dió al corcel
como a mi inquietud el anhélito,
y al levantar sin violencia
todo el ecuestre archipiélago,
con estáticas corvetas
fué a lo lejano rompiendo
el perfume de la sal
mariposeante en el heno;
entrepanadas sazones
deja atrás, bebe los vientos
y, salvando a las montañas
sus despedidos oteros,

sigue al ave volteadora
de mi angélico instrumento.

TAN maravillosamente
adivinara el secreto
de mi caracol de nieve
en la infinita del tiempo,
que horas, minutos, segundos,
días, años y milenios,
sobrenaturalizados,
me buscan en nube o suelo
las cuajadoras facciones
que, dando rostro a mi sueño,
recen la santa oración:
más no ser niño, ser cielo.

JINETE en un panorama
inaccesible al regreso,
secretamente respiro
el aire de mi destierro;
y tanto sueña el corcel
con la herencia de los sueños,
que agrava el árido impulso
y encabritando los miembros
se me excede en la evasión,
sigue sin pausa corriendo,
no sé si tras la esperanza
o agitándose al recuerdo
del amor que no regresa
por ser pájaro pequeño.

CON la bruta resonancia
de los peores agujeros,
y añadiéndole *más sombra*
a mi procesión de espectros,
salí en busca de otras ansias:
sólo las mías encuentro;

sólo me encuentro conmigo
a donde quiera que llego,
y a medida que cabalgo
al humo más me parezco,
que nos devuelve el estío
en el sopor nocherniego;
y al romper sombra tras sombra,
cual quien nace de su seno,
sentí a la palabra real
prendida en un tizón nuevo;
que la araña de la voz
teje el próximo silencio.

TRAS la latitud remota
del desviado hemisferio,
velé muy largas jornadas
sin engendrar polvo trémulo,
y autofugitivamente
la naturaleza abrevio,
ya en las albas donde nazco
o en las noches donde duermo,
pues del naciente al ocaso,
cuando casi nada es nuestro,
advirtieran mis delirios
que se van descomponiendo,
dócil tierra ex labrantía,
piedras del hogar paterno...

DESPUÉS de un oblicuo cambio
de sonoridad y silencio,
mudo me quedé a la postre,
aunque conservando al menos
la población del oído
en el latir de los ecos,
que por ser todos profundos
me dan la gloria en silencio

para que, huyente de mí,
no me transforme en recuerdo.

NO habré de quejarme, amor,
ya sabes que no me quejo,
porque el fruto de mis ramas
recargue pródigo exceso;
sí que me dejaras solo,
que duermas cuando yo velo
el avance de las hierbas
por el camino consueto,
no evitándome las brasas
con que me queman los dedos
los ardores carmesíes
que aventa el Hércules negro;
ni habré de quejarme más,
que es fumívoro el silencio
y llamas perecederas
son la eternidad del fuego.

¿DÓNDE hallará mi fortuna
la magnitud del sosiego?
Duermen los dioses menores,
aunque Dios no está durmiendo;
cuando se embelesa el mío
en la miel del medio cielo,
apenas cierra los ojos,
mano en rienda me gobierno,
para traspasar mis noches
con el día venidero;
salgo a riberar; me faltan
los vasallos y escuderos;
lo que no tiene mi vida
es la riqueza que tengo.

LUZ ya libre de mudanzas
surge en el bronce y no puedo

romper tanta plenitud
cuando es más mío mi dueño
y las primeras arenas
ya estoy pisando al desierto.

ENTONCES, mudo de pasmo,
me descorazono y suelto
las dos riendas enemigas
del amoroso deseo;
y al dividir la dulzura
de azándar y amargo almendro,
aunque ya no vive flores,
sino en panal que no encuentro,
como enjambre a su piquera
con mis pensamientos vuelvo
donde proseguir la estirpe
que canta sobre el silencio.

UN sol sucede a otro sol,
porque el que busco está aún lejos,
y la más alma hermosura
reside fuera del cuerpo;
sin la soledad irritada
del adolescente ingenuo,
de mí salen las pasiones
con el sobresalto sesgo
de quien descubriera entonces
que el mundo ya estaba hecho;
y bajo el pie vacilante
viera el abismo en aumento;
ni deturpara al metal
la primavera su genio,
que enderezada la cola
ya está la grupa volviendo:
él, insulano del aire,
yo, derribado en el suelo.

VOY liberando a la tierra
de mi temor y mi peso;
con el primer azafrán
del querellante misterio,
vivo el doloroso bien
que se me retrajo adentro
y a la caída del hombre
otro halló claustro materno
para transformarle en niño,
aunque no de carne y hueso.

ANIKILADO de amor,
desdándome por entero,
en los límites actuales
será efectivo lo bello,
y ausente estoy para ser,
como el que me trajo, eterno,
¡oh Juez que mueves los mundos
con las manos de los muertos!

TROMPO DE MÚSICA

ES mía, siempre me busca
las manos de niño solo,
cuando se me niega el alma a dar el salto infinito
por encima de las nubes, debajo de las espumas;
cuando el laurel se autoocela con los claros de su sombra
y se repinta el jilguero el amarillo de luna;
cuando es caricia escuchada que ha robado a mi secreto
presagio, sonido y pluma,
y se revienta su arroyo entre los juncos del cielo
quitándome de la boca su golondrina de música;
cuando el berbiquí del fuego descubre el signo a la roca
al madurar en los montes tantas estrellas de azúcar,
y las fugitivas pieles de los cerros soleados
con fatigada inocencia en los membrillos se arrugan.

No la trajiste, mi amor; nació con mi sangre, es mía;
aun cuando si vuelvo alegre a tu tangible regazo
surge en mi pecho tu imagen,
igual a la de mi angustia,
gira mi cueva encantada, bañándose en tu rocío,
igual que un trompo de música,
eruptivamente aflora el lento arroyo escondido,
por ti enlazado a la arena de la persona profunda,
y va poniéndoles nombre a las alfombras selladas
sobre los nervios divinos de las palabras más tuyas.

PATRIA ETERNA

*CERCA de tus pensamientos,
lejos de la rama verde,
callen las voces maduras
que quieran ser flor en cierne.
¡No convocad más otoños;
lejos, alba de la muerte!*

La inactual patria lejana
sintió que ya me atardece
en el corazón cansado,
no en sus completos claveles
y me envía un mensajero
que abrió surcos transparentes
en la maraña del cuerpo,
que fué fructuoso tres veces.
¡Cómo entierra las espigas
cuando la carne remueve
y mata el fuego con fuego
porque es labrador consciente!
Los humos de las hogueras
son generosos y vuelven
al término de la vida
cuando ya a nadie sorprenden;
como regresa la infancia
del fondo de nuestras sienes
al ver que sus vacaciones
se le tornaron tan breves,
cerca de mi pensamiento,
lejos de la rama verde,
las altas jarcias cuajadas
de aquellos mismos juguetes.

IGUAL QUE AMOR

IGUAL que amor en creciente
va entrando en su rayo de oro,
me diste tu intimidad,
entraste en el alma de otro;
por lo que en la tarde mía
estáis escuchando, ojos,
trompas de resurrección
desde los laureles solos.

ÍNDICE

Alba.	5
Rosas	6
Eternidad	7
Jaula.	8
Azahar	9
<i>Nocturno invernal con luna</i>	10
Elegía de la madre ajena	11
Nido	13
Fiebre	15
Extrospección	16
Angustia	17
Balada de la infancia sin río	18
Azucena	19
Inhibición	20
<i>Caballo de bronce</i>	21
Trompo de música	28
<i>Patria eterna</i>	29
Igual que amor	30

Se acabó de imprimir este libro
el 12 de Marzo de 1953, y fué
compuesto a mano por
José Vega, en Pérez
Galdós, n.º 81
Las Palmas

La colección literaria **EL ARCA** irá publicandq distintos cuadernos, en los cuales el verso alternará con la prosa. Breves espicilegios poéticos, narraciones, teatro y monografías irán apareciendo sucesivamente. Colaborarán tanto los autores que gozan de renombre como aquellos que muestran una esperanza cierta. La calidad, el decoro estético, la unanimidad con el público, son objetos de la presente colección. He aquí los nombres de algunos de los colaboradores.

Gerardo Diego, Fernando González, José Luis Cano, Gabriel Celaya, Ramón de Garcíasol, Ricardo Blasco, Alfonso Pintó, Guillermo Díaz Plaja, Victoriano Crémer, Ventura Doreste, Enrique Azcoaga, José García Nieto, Germán Bleiberg, Ana Inés Bonnin, Rafael Montesinos, Jacinto López Gorgé, Pedro Lezcano, Pedro Perdomo Acedo, J. Sosa y otros.

Precio del ejemplar: 20 pesetas.
Suscriptores de honor: 35 »

Toda la correspondencia
al Administrador: J. Sosa Suárez,
Funchal, 8, (Ciudad Jardín)
Las Palmas de G. Canaria.